

JOSE CELESTINO MUTIS

LA INFLUENCIA DE MUTIS EN LA CULTURA NACIONAL

Conferencia dictada por el Académico Alfredo D. Bateman, en la sesión solemne anual de la Academia Colombiana de Ciencias, celebrada el 28 de octubre de 1960.

El día 29 de octubre de 1760, o sea hace exactamente doscientos años, la ciudad de Cartagena enarbolaba sus mejores galas para recibir al nuevo representante del Rey de España, el Excelentísimo señor don Pedro Messía de la Zerda, Marqués de la Vega de Armijo, Teniente General, bailío de la Orden de Malta, caballero comendador de la Llave Dorada, antiguo y experto militar que ostentaba en el pecho honrosas condecoraciones, y quien venía a suceder como Virrey de la Nueva Granada al Excelentísimo señor don José Solís Folch de Cardona, quien durante siete años rigiera los destinos de esta parte de los dominios de España.

Como miembro de la comitiva virreinal llegó también un hombre, que entonces quizá por su juventud pudo pasar desapercibido ante la nobleza cartagenera, que nos figuramos fuera pródiga en venias al Virrey y quien sin embargo iba a ocupar puesto destacado en nuestra historia y a influir en forma notoria en los destinos del país. Nos referimos al joven médico don José Celestino Bruno Mutis y Bossio, pudiéndose afirmar sin lugar a réplica que esta efemérides, el segundo centenario de su arribo a las costas granadinas, está bien en conmemorarse, ya que él constituye el punto de partida del desarrollo científico, cultural y aun emancipador de nuestra Patria.

Nacido en la ciudad de Cádiz el 6 de abril de 1732, cursó bachillerato en la Universidad de Sevilla demostrando afición especial a la gramática y a las matemáticas, estudiando luego la medicina para regresar a ejercerla a su ciudad natal. Años después fue trasladado a Madrid, donde desempeñó la cátedra de anatomía del Hospital General hasta el año de 1760.

Cuando Mutis hacía su entrada al mundo de la Corte, el continente europeo ofrecía un vasto campo para desarrollar aspiraciones sociales y debates científicos. Los triunfos y rápidos progresos que tuvo fueron tales que la Corte de Madrid fijó en él su atención y el gobierno quiso enviarlo, en asociación de otros jóvenes distinguidos por su inteligencia y aprovechamiento, a perfeccionar sus conocimientos en las escuelas de París, de Londres, de Leyden y de Bolonia.

Pero atraído por los estudios a que se prestaba el continente americano, que estaba totalmente desconocido para el mundo científico y del cual sólo se tenían noticias por la expedición de los académicos franceses La Condamine y Bourguer y por las descripciones de los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, renunció a todas sus posiciones y perspectivas en la Corte y resolvió aceptar la invitación que le hiciera el recién nombrado Virrey Messía de la Zerda, embarcándose hacia las ignotas regiones del nuevo mundo, llegando a Cartagena en la fecha antes citada y luego, acompañando al Virrey, en un largo y penoso viaje, arribó a Santafé el 24 de febrero de 1761.

Pero ya desde los primeros momentos comenzó a interesarse en el estudio de las ciencias naturales de nuestro territorio. Aprovechando las demoras necesarias de un viaje en ese entonces, inició en Cartagena, Turbaco y Honda, una serie de estudios sobre la vegetación ecuatorial en una larga extensión, o sea desde las costas del Atlántico hasta el pie de los Andes.

Apenas llegó Mutis a Santafé comenzó un "Diario" que al estudiarse suministra luz suficiente sobre los talentos del médico botánico, sobre su vasta instrucción y su interés por el progreso de la Colonia. La falta de cuerpo médico ocasionó que todos los enfermos asediaran al médico del Virrey en busca de alivio a sus dolencias. Por tal razón entabló relaciones inmediatas con todas las clases sociales y le permitió informarse de las opiniones de los santafereños sobre la medicina empírica, muy en boga en la ciudad de Quesada, las cuales cita en su "Diario" calificándolas de vulgaridades.

Los primeros años de su permanencia fueron dedicados principalmente al ejercicio de su profesión médica. Imposibilitado de salir al campo a herborizar, por embargar su tiempo en la atención de sus numerosos pacientes, se lamentaba de la multitud de obstáculos que venían a interrumpirle sus tareas de historia natural. "Apenas me queda tiempo para ocuparme de estas materias. Pensaba yo desde España que a estas horas me hallaría caminando hacia Loja, con el fin de investigar la quina".

A la llegada de Mutis a Santafé existían ya varios establecimientos de educación, como el colegio de San Bartolomé, fundado en 1605, por el arzobispo Lobo Guerrero, dirigido por los padres de la Compañía de Jesús, quienes a su vez regentaban la Universidad Javeriana; el Colegio Mayor del Nuestra Señora del Rosario, fundado por el Arzobispo Fray Cristóbal de Torres en 1653, y la Universidad de Santo Tomás, llamada Tomística, de los padres dominicos, pero lo cierto es que las enseñanzas que allí se daban eran abstractas y teóricas, sin ninguna aplicación práctica.

Según Vergara y Vergara en su "Historia de la Literatura" el método de enseñanza consistía en emplear cuatro años en el estudio del latín para luego, en este idioma, enseñar la filosofía y las ciencias profesionales, en las cuales se empleaban siete años y tres en la filosofía. "El latín se aprendía en latín y todas las ciencias en latín". El estudio de las leyes consistía en aprenderlas de memoria, empleando entre otros textos "las recopiladas de Castilla e Indias, y el inagotable y revuelto cedulario real que venía a ser en la práctica el texto legal".

El mismo Mutis en su correspondencia describe así el estado de la instrucción y conocimiento de ese entonces:

"Parece increíble que en nuestro tiempo pueda haber país en donde sus individuos piensen tan erradamente. Yo, en tales ocasiones, no hallo otro recurso que tomar sino el silencio, por no exponerme a unas contradicciones insoportables. No es el medio más favorable para mi opinión; pero desde luego, es el más oportuno, atendidas todas las circunstancias. Oír contar a estas gentes algunos efectos de la naturaleza, es pasar el tiempo oyendo delirar a unos locos... Que esto sucediera entre viejas ignorantes o entre hombres nada instruidos, no causara mucha admiración; pero que las mismas relaciones oiga un viajero en boca del vulgo que en las de que se tienen por más racionales en el pueblo, para esto no hay consuelo... Instrúyase usted en el modo de pensar de estas gentes y dé gracias al cielo de no hallarse en un país donde la racionalidad va tan escasa que corre peligro cualquier entendimiento bien alumbrado".

Como Mutis tenía altos conocimientos de ciencias físicas y naturales, en matemáticas y en astronomía, desde antes de su llegada a Santafé ofreció al Virrey regentar una cátedra. Contando con las simpatías de este alto funcionario y del Rector del Colegio del Rosario inició sus enseñanzas el día 13 de marzo de 1762, abriendo la cátedra y pronunciando la tradicional oración inaugural en presencia del Virrey. Jamás antes se habían enseñado matemáticas en los claustros santafereños. Mutis regentó la cátedra hasta el año de 1766 en que hubo de ausentarse de la capital, habiéndola reanudado luego en varias ocasiones.

Poco después de su arribo a Santafé estableció correspondencia con muchos sabios de Europa, remitió colecciones y dibujos que fueron admirados y aplaudidos por Linneo, con quien tenía ya relaciones desde Madrid, pues el sabio botánico de Upsala deseaba conocer la flora de la península española. Los trabajos botánicos de Mutis le valieron ser asociado a la Academia de Ciencias de Estocolmo, a la Sociedad Vascongada y a otras sociedades científicas europeas.

El 31 de julio de 1767 se cumplía en Santafé la Real Pragmática Sancción del 27 de febrero del mismo año, por la cual el rey Carlos III ordenó el extrañamiento de sus dominios de los regulares de la Compañía de Jesús, ya fueran sacerdotes o coadjutores o legos. Incalculables fueron los males producidos a la colonia por esta impolítica providencia del rey de España; la educación recibió recio golpe, pues los hijos de San Ignacio tenían cerca de cinco mil alumnos en catorce colegios que habían edificado y sostenían, así como la educación agrícola, ya que cultivaban muchos y grandes predios en diferentes climas, desde las cercanías de Santafé hasta los ardientes Llanos Orientales, los cuales quedaron casi abandonados por la ausencia de sus primitivos dueños.

Con el objeto de remediar en parte el daño ocasionado a la instrucción pública, los Virreyes Messía de la Zerda y don Manuel Guirior, su sucesor, trataron de tomar medidas conducentes, proponiendo a la Corte la creación de una universidad pública, estimando que la juventud de la Nueva Granada era acreedora a ese gran beneficio de que ya disfrutaban las de Lima y México.

Diez años transcurrieron para Mutis entre sus constantes estudios científicos y la labor de regeneración que se había impuesto, modificando los métodos de enseñanza seguidos en El Rosario y ensanchando el campo de la instrucción con importantes reformas y con la introducción de los estudios de la geografía, de la física, de la zoología, de la botánica, de las matemáticas y de la astronomía. Llegado el año de 1772, su protector y amigo el Virrey Messía de la Zerda, fue llamado a España y quiso llevarse consigo al hombre cuyos talentos conocía serían muy provechosos para la península, pero Mutis no quiso abandonar su patria adoptiva, dueña ya de sus más íntimas afecciones y en el mismo año de la partida del señor Messía de la Zerda

“unido ya estrechamente al Autor de la Creación por la contemplación de sus maravillas y por su desprendimiento de las pasiones que agitan al común de nuestro linaje, quiso ensanchar más su amor y adoración a Dios y recibió las sagradas órdenes del sacerdocio católico”.

El 19 de diciembre de 1772 se ordenó de sacerdote, cantando la primera misa el día de Nochebuena siguiente. Su intachable religiosidad y su fe cristiana a toda prueba le permitieron desarrollar, en medio del misticismo religioso e intransigente de la época, las más avanzadas ideas científicas que le hubiera sido muy difícil defender como simple civil.

“Desde aquella época —dice Caldas— fue un verdadero sacerdote de Dios y de la naturaleza. Divididos todos sus momentos entre la religión y las ciencias, fue un modelo de virtudes en la primera y un sabio en las segundas”.

No habiendo sido acogida, o al menos no haberse recibido respuesta de la Corte, la iniciativa de fundar la Universidad, especialmente por la oposición de los dominicanos cuyo convento gozaba de la facultad de dar grados, el Virrey Guirior consideró que la necesidad de una regeneración en los estudios y en la educación era ya apremiosa. Brazo derecho de esta obra laudable fue el Fiscal don Francisco Antonio Moreno y Escandón, quien elaboró un plan de estudios avanzados para esa época, adoptado a las circunstancias locales, que sirviera de pauta a las enseñanzas y cortase los abusos introdu-

cidos. El objeto principal era instruir a los jóvenes en las “ciencias útiles ocupados en disputar las materias abstractas y fútiles, y privados del acertado método y buen gusto que ha introducido la Europa en el estudio de las bellas letras”. Las ideas del Fiscal Moreno y Escandón estaban basadas en desterrar de los colegios las ideas de partido y de peripato o escolasticismo y el abuso en la colación de grados. Quería también instituir la instrucción primaria y conservar la escuela de primeras letras que habían fundado los Padres Jesuítas.

El ilustre Menéndez y Pelayo confiesa que los métodos de estudio en la Península eran defectuosos en las postrimerías del siglo décimoctavo, y afirma que los que regían en las colonias americanas eran todavía más defectuosos.

El acertado cambio de las enseñanzas metafísicas por estudios de utilidad práctica desarrollaron ideas hoy en boga en los más atrasados países, que escandalizaron a muchos hijos del Virreinato y que rigieron solamente un año en los colegios, pues la Corte los improbó, pero que dejaron en la juventud ideas de progreso y libertad que en tan corto tiempo habían adquirido y que fue semilla fecunda que pronto fructificó.

El plan de Moreno y Escandón no fue otra cosa que la síntesis y el resumen de las ideas que había preconizado Mutis desde su cátedra de El Rosario. Fue desde allí donde se oyó, por vez primera en Santafé, de los labios del ilustre profesor la entonces extraña teoría de que la tierra gira sobre su eje y se mueve alrededor del sol, debiéndose por consiguiente colocar en el número de los planetas.

Las doctrinas de Copérnico eran desconocidas en América y, como todo hecho científico nuevo, tuvo numerosos opositores entre los atrasados colonos, quienes veían al sol girar alrededor de la tierra y no comprendían lo que era una ilusión óptica. Los padres dominicanos, directores de la Universidad Tomística, denunciaron a Mutis ante el Comisario de la inquisición como propagador de doctrinas erróneas que falseaban la pureza de las enseñanzas católicas. El sabio se quejó ante el Virrey y ante los Tribunales de la Santa Inquisición de Cartagena, únicos en el Nuevo Reino y al Supremo de Castilla, cuyos jueces declararon que las teorías de Copérnico no se podían condenar, resolución dictada según el criterio de autoridades históricas respetables, no porque los jueces creyesen en la nueva doctrina astronómica, ni en el saber de Mutis, sino por sumisión a la autoridad absoluta de Carlos III.

En esta célebre querella contó siempre Mutis con el apoyo del gobierno colonial y tenía que ser así, porque la Real Cédula de Carlos III había dispuesto que en las Universidades y Colegios de sus dominios se enseñasen las teorías de Newton basadas en el sistema de Copérnico, aceptado como verdad científica. Humboldt hablando sobre estas ocurrencias y luchas decía:

“No sin inquietud, vieron los dominicanos que las *herejías de Copérnico*, ya profesadas por Bouguer, Godin y La Condamine en Quito, penetraban en la Nueva Granada; pero el Virrey protegía a Mutis contra los religiosos, que querían que la tierra permaneciera inmóvil. Por lo demás poco a poco fueron acostumbrándose a lo que ellos apellidaban aún las ‘*hipótesis* de la nueva filosofía’”.

Por aquel entonces en el mundo científico se suscitaba el interés por la quina. Sabido es que desde el momento en que las primeras cortezas fueron del Perú a Europa, acompañadas de la fama de su gran virtud medicinal, se extendió maravillosamente su uso y llegaron a competir en popularidad con las celebradas preparaciones de mercurio y antimonio que la alquimia había legado a la ciencia; tras el período de entusiasmo vino el del descrédito, acelerado por las aplicaciones irreflexivas de los facultativos y por la adulteración que sufrían en el comercio las cortezas, continuando

la quina con suerte varia en ser llamada una veces el “árbol de la vida” y otras el “árbol de la muerte”. Los botánicos no pudieron permanecer indiferentes a una cuestión en que estaban interesadas la salud y la vida del hombre, dedicándose con avidez al estudio de una planta cuyos conocimientos y distinción eran de tanta importancia y desde entonces la bibliografía botánica se enriqueció con más de una quinología.

Era opinión general entre los entendidos que la quina oficial se criaba únicamente en Loja, cuando Mutis se propuso averiguar si en los bosques cercanos a Bogotá se encontraban estas especies útiles, las que descubrió en 1772 y 1773, en los bosques de Cundinamarca y del Tolima, descubrimiento que trató de arrebatarse don Sebastián José López de Ruiz, pero que afortunadamente Mutis pudo desmentir en documentos que remitió a la Corte de España. Bien pronto apareció la cuestión de si las cuatro especies de quinas oficiales anunciadas por Mutis, la anaranjada, la roja, la amarilla y la blanca, eran las mismas especies que las del Perú, admitidas en el uso médico. Discutióse con calor en Madrid este punto por Francisco Antonio Zea, discípulo de Mutis, y por los célebres botánicos Hipólito Ruiz y José Pavón, terminando la polémica expresando sus deseos de que con los vegetales a la vista se hiciese un estudio comparativo de las quinas peruanas y de las neogranadinas.

Todas las observaciones de Mutis sobre las quinas quedaron incluidas en su obra “Historia de los árboles de la quina”, que publicó años más tarde en Madrid su sobrino Sinforoso Mutis.

Las obligaciones del sacerdocio no distrajeron, pues, al sabio naturalista de sus anteriores ocupaciones; su labor fue siempre fructuosa, tanto al pie del altar de Dios, en el libro de sus meditaciones, en el lecho del dolor, curando o procurando el alivio de sus queridos enfermos y en el campo vastísimo de la ciencia.

Así transcurrió otra década, durante la cual hizo dos excursiones importantes; una a la antigua provincia de Pamplona, donde estudió las minas de La Montuosa y colectó plantas para la flora granadina y otra a la Provincia de Mariquita, lugar que llamó tanto su atención que más tarde lo escogió como centro de la Expedición Botánica. Estas dos excursiones tuvieron por objeto principal estudiar la situación de las minas de oro y plata, y el informe que presentó Mutis promovió el impulso que dio a estas minas el Virrey Caballero y Góngora, poniéndolas en una actividad que hasta entonces no habían tenido. Para emprender el laboreo de estas minas se hizo venir al hábil mineralogista José D’Elhuyar, hermano de Fausto D’Elhuyar, director de las minas de México.

En 1782, en las minas del Sapo, jurisdicción de Ibagué, donde se encontraba haciendo trabajos de metalúrgica industrial, le encontró el Arzobispo-Virrey don Antonio Caballero y Góngora, en una visita que hizo a dichas minas. Como resultado de esta entrevista se cristalizaron los proyectos de Mutis para la preparación de trabajos de historia natural. Dice González Suárez:

“El Prelado comprendió al sabio, se entusiasmó oyéndole referir sus descubrimientos en ciencias naturales, hizo suyos todos los planes científicos de Mutis y resolvió emplear el crédito e influencias en la Corte en beneficio de una obra que no podía menos de ser honrosa a la nación española”.

Mutis acompañó al Arzobispo-Virrey a Santafé y ese mismo año se constituyó provisionalmente bajo la dirección de Mutis, la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.

El Virrey Caballero y Góngora obtuvo del Rey don Carlos III la Real Cédula por la cual aprobaba la creación de la Expedición Botánica. Hacía ya un año que el Virrey la había creado cuando llegó a Santafé la Cédula Real,

acompañada del diploma de nombramiento de Mutis como Miembro Correspondiente del Jardín Botánico de Madrid y de una carta del sabio director de este establecimiento, don Casimiro Gómez de Ortega, manifestándole su gran complacencia por la creación de la Expedición Botánica y por haber sido nombrado director de ella.

Constituída ya oficialmente la Expedición, se trasladó Mutis a Mariquita, cuya flora tropical de gran exhuberancia le brindaba oportunidad hermosa para encauzar debidamente sus estudios. Ocho años residió el ilustre sabio en este lugar, cerca del tranquilo Magdalena, dedicándose infatigablemente a sus descubrimientos botánicos

“con una diligencia y curiosidad propias sólo del verdadero sabio, recorría los campos, observaba de planta en planta, de arbusto en arbusto, de yerba en yerba, el rico e inagotable dominio de la botánica; y dirigiendo siempre sus investigaciones a un fin práctico analizaba los vegetales y escudriñaba la íntima naturaleza de éstos, forzándolos a revelar sus arcanos misteriosos”.

El clima malsano de las zonas cálidas, las fiebres intermitentes, que atacaron a los expedicionarios y el trabajo infatigable, quebrantaron la salud de Mutis, quien tuvo que regresar a Bogotá en 1792, a instancias del Virrey, no sin haber hecho acopio de datos y multitud de pinturas de la vegetación virgen, aun desconocida, de esta parte de América.

Cuando Mutis formuló las bases para los trabajos de la Expedición y fue aprobada su creación por la Corona de España, no estaba aun conseguido y dispuesto el personal para llevar a una completa realización tan grande empresa, pues necesitaba de la cooperación de personas inteligentes, que estuviesen dispuestas a secundarlo; éstas fueron pocas entonces, pero Mutis supo animarlas con el fuego sagrado de que estaba poseído, encontrando un eficaz apoyo en el joven Eloy Valenzuela, natural de Girón, quien había sido alumno del Colegio del Rosario en los estudios de filosofía y teología, digno discípulo de Mutis en matemáticas e historia natural. Luégo que Valenzuela recibió las órdenes sacerdotales se unió en aspiraciones y ardientes deseos de gloria y prosperidad para su patria, su maestro y amigo.

Mutis, infatigable en su magna empresa, se vio precisado a crearlo y prepararlo todo; hasta los dibujantes y pintores que debían servir a la Expedición, obra fueron de su genio y de su actividad.

No es mi ánimo hacer un relato pormenorizado de la magna obra de la Expedición Botánica. Plumas y voces más autorizadas que la mía lo han hecho, debiéndose destacar aquí la labor realizada por los académicos Enrique Pérez Arbeláez y Lorenzo Uribe, sabios y sacerdotes como Mutis, quienes han sacado del olvido la obra de la Expedición poniéndola al alcance del mundo científico.

Quiero tan sólo referirme a los jóvenes granadinos que bajo la sabia dirección de Mutis supieron estudiar y comprender la naturaleza, haciendo que sus mentes se elevaran en busca de más altos intereses. La Expedición Botánica fue el laboratorio donde se forjó la Independencia Nacional.

Por ello, para comprender la influencia de Mutis en la formación de esta juventud, que se inició en la vida colaborando en la Expedición y la culminó sacrificándola en aras de la Patria, basta recordar algunos nombres:

Sinforoso Mutis, sobrino del sabio y su sucesor en la dirección de la Expedición, participó en los sucesos del 20 de julio de 1810, habiendo formado parte de la comisión que condujo al Virrey de su palacio a la prisión y quien luégo de haber sido obligado por las autoridades de la reconquista a arreglar los documentos y elementos de la Expedición para ser enviados a

España, sufrió la pena del destierro, habiendo regresado a raíz de la victoria de Boyacá a radicarse en Cúcuta, donde murió en 1822.

Salvador Rizo, quien desde los primeros momentos se mostró entusiasta por la causa patriótica, habiendo formado parte del ejército que en 1813 fue a cubrirse de gloria en los campos de Venezuela, a órdenes del Libertador. Caído en poder de los Pacificadores fue "purificado" primero con una multa de \$ 1.000 y luego, el 12 de octubre de 1816, fue fusilado en la plaza de San Francisco.

Francisco Antonio Zea, hijo de Medellín, fue el discípulo más aventajado de Mutis, después de Caldas. Desterrado a España con motivo del célebre proceso de los pasquines, ocupó el cargo de Director del Jardín Botánico de Madrid y luego, a su regreso a la patria desempeñó altos cargos, entre los cuales se cuenta el de Presidente del Congreso de Angostura, en cuyo carácter presidió la histórica sesión del 17 de diciembre de 1819, en que a solicitud de Bolívar, declaró fundada la República de Colombia. Vice-Presidente de la Gran Colombia, y representante de ésta en el Exterior, tuvo una desgraciada gestión en el asunto de los empréstitos, habiendo fallecido en Bath (Inglaterra) en noviembre de 1822.

Jorge Tadeo Lozano, quien entre los discípulos de Mutis fue el que escaló más altas posiciones políticas en los primeros años de la República. Establecido el Estado de Cundinamarca fue elegido presidente, habiendo tenido que sufrir la oposición encabezada por Nariño. Le correspondió presidir esa época que ha pasado a la historia con el nombre de la PATRIA BOBA, siendo llamado Jorge I por los cartageneros. Habiendo sido reemplazado por Nariño en la Presidencia, siguió colaborando con entusiasmo en la causa de la Independencia, habiendo formado con el doctor José Fernández Madrid la comisión nombrada por el dictador Alvarez para arreglar los asuntos internos del país. Con don José Domingo Duquesne y don Ignacio de Herrera fue nombrado por el Presidente Fernández Madrid para que fuese al encuentro de los jefes realistas, les entregaran la plaza de Santafé y procurase aplacarlos. Puesto en prisión, no obstante los esfuerzos de su hermano, el Marqués de San Jorge don José María Lozano de Peralta, fue fusilado por la espalda el 6 de julio de 1816, en el parque de los Mártires, en compañía de José Gregorio Gutiérrez Moreno, Crisanto Valenzuela, Miguel de Pombo, Francisco Javier García Devia y Emigdio Benítez.

Joaquín Camacho, colaborador de Caldas en la publicación del "Diario Político", tomó parte activa en los sucesos del 20 de julio de 1810, habiendo sido comisionado por el Cabildo de Santafé para hablar con el Virrey Amar para requerirlo a fin de que permitiese la instalación del Cabildo Abierto; firmó el Acta de la Independencia, fue miembro del Cuerpo Ejecutivo elegido el 25 de octubre de 1810 como Jefe de la Sección de Gracia y Justicia, triunviro elegido por el Congreso de Tunja en socio de Fernández Madrid y José María del Castillo, por orden de Morillo murió fusilado en la plaza de San Francisco el día 31 de agosto de 1816, en compañía de don José Nicolás Rivas.

Miguel de Pombo, fue uno de los oradores más destacados el 20 de julio, siendo proclamado Vocal del Cabildo. Teniente gobernador de Bogotá en 1811, fiscal del Tribunal de Gobierno y Hacienda, miembro del Congreso de 1812 y 1813, fue fusilado en Bogotá en compañía de Jorge Tadeo Lozano.

José Mejía, ecuatoriano, figuró como Diputado en las Cortes Españolas de Cádiz, donde se distinguió como orador glorioso.

Finalmente Francisco José de Caldas, nuestro sabio por antonomasia, sobre cuya figura no es el caso de detallar aquí, pues ella sola embargaría largas horas, quien también pagó en el suplicio sus servicios a la causa republicana, al ser fusilado en la plaza de San Francisco el día 29 de octubre de 1816, es decir, a los 56 años exactos de la llegada de Mutis a Cartagena.

56 años, sin día más ni día menos, transcurrieron desde el día que podemos señalar como el nacimiento del movimiento científico en el país hasta aquel desgraciado en que al morir Caldas pareció venir un manto de tinieblas a cubrir las inquietudes intelectuales y culturales en esta región de América.

He querido destacar las principales figuras de la Expedición Botánica, no en su aspecto científico sino en su aspecto político, porque ellas dejan entrever la influencia maravillosa de Mutis en la formación intelectual de los hombres que constituyeron la primera república. Hijos espirituales del sabio gaditano, vincularon el nombre de éste a la causa de la independencia, pudiéndose aplicar la frase evangélica "por sus frutos los conoceréis".

Momento de gloria para Mutis y para su admirable obra de la Expedición fue la visita que recibiera, ya en los albores del siglo XIX, de dos ilustres viajeros europeos, el Barón Alejandro de Humboldt y su compañero el botánico Aime Bonpland. Llegados a Cartagena, en un viaje de observación y estudio, aceptaron el consejo de Ignacio de Pombo de atravesar la Nueva Granada, viajando por el Magdalena para llegar a Santafé para tener ocasión de conocer a Mutis y apreciar su magna obra.

Recibidos los naturalistas europeos en la capital andina con grandes manifestaciones de aprecio, tanto por parte del Director de la Expedición, como por el personal del Gobierno y por los círculos intelectuales de la ciudad, los pocos días que habían pensado dedicar a esta visita, se extendieron a seis semanas, y aún parece que este tiempo resultó demasiado corto para el mucho material que obtuvieron y los trabajos que ejecutaron.

Grande aprecio tuvieron los sabios europeos de la labor de Mutis y de sus colaboradores. En la obra que escribieron ambos, a su regreso al Viejo Continente, llamada "Plantas Equinocciales", insertaron el retrato de Mutis con la siguiente dedicatoria:

"A don José Celestino Mutis, director principal de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, astrónomo, en Santa Fé de Bogotá. Como débil muestra de admiración y reconocimiento".

Al dirigir Mutis las actividades de los jóvenes granadinos que se unieron a él y que estudiaban nuestras riquezas naturales, quiso también que se preocuparan por intereses más elevados y al efecto auspició la formación de la Sociedad Patriótica de Amigos del País.

Esta Sociedad no fue otra que una réplica de las que se estaban formando en ese entonces en Europa, como consecuencia del apogeo que la economía política tuvo en la segunda mitad del siglo XVIII con el apareamiento de los fisiócratas primero y luego de Adam Smith. Fomentaron ellas principalmente la agricultura, la instrucción pública, las ciencias físicas y naturales, el comercio y constituyeron más tarde centros donde se prepararon trascendentes cambios sociales y políticos. Los tradicionalistas las combatieron rudamente desde el principio, destacándose en esta oposición fray Diego de Cádiz.

La primera Junta de esta clase que se estableció en España, que se hizo memorable por la obra que realizó, fue la de las Provincias Vascongadas "reunión de todos los hombres de bien y deseosos de procurar la ilustración general", al decir del historiador Dávila y Collado en su "Historia General de España". Luego se fundó la de Madrid, en la cual ingresaron los más altos personajes de la Corte y que mereció especialísimas solicitudes por parte de Carlos III. Cuando se organizó la de la Nueva Granada ya funcionaban cerca de setenta en la Península.

Con el apoyo del Virrey Mendinueta se estableció en Santafé la Sociedad Patriótica del Nuevo Reino de Granada, inspirada por Mutis y propuesta

por Jorge Tadeo Lozano en el "Correo Curioso". El 24 de noviembre de 1801 el Virrey concedió la "licencia a los vecinos de esta capital, suscriptores a la Sociedad Patriótica, para que celebren una Junta a efecto de nombrar entre ellos los que deban formar los estatutos de este establecimiento".

El 10 de diciembre siguiente, en la casa de Mutis y presidida por éste se celebró la primera sesión, con asistencia de Jorge Tadeo Lozano, José María Lozano, José de Leiva, Fernando Caicedo, Luis Caicedo, Andrés Rosillo, José Luis Azuola, Luis Azuola, Diego Tanco, Luis Ayala, José Acevedo y Gómez, José Ignacio de Santamaría, Ignacio de Vargas, Pedro Groot, José Sanz de Santamaría, Eustaquio Galavis, Francisco Manrique, Pedro de Lastra, Miguel de Isla, José Martín París, Ignacio Tejada y Dionisio Tejada.

El 2 de mayo de 1802 fueron aprobados definitivamente los estatutos de la Sociedad Patriótica. "Su instituto —al tenor del título I— es conferir y procurar se ponga en práctica los medios que parezcan más a propósito para fomentar al Nuevo Reino de Granada en general, y a cada una de sus Provincias en particular, reduciendo sus miras a estos tres capítulos: 1º—La agricultura y cría de ganados; 2º—La industria, comercio y policía; 3º—Las ciencias útiles y artes liberales. Para lograr este fin, la Sociedad Patriótica de Santafé, como sus similares de Europa, se ocuparía especialmente en la instrucción popular, considerando que el cultivo de las ciencias no bastaba para alcanzar la prosperidad de la Colonia, y que la difusión de la enseñanza metódica en las clases inferiores es lo que más contribuye a favorecer la industria y los oficios: fundaría, sostendría y vigilaría, en consecuencia, el mayor número posible de escuelas, para ambos sexos. Por medio de las memorias de los socios, impresas y profusamente distribuídas, se procuraría la vulgarización de las más importantes nociones. Ultimamente, la mayor parte de los fondos de la Sociedad se destinaría a los premios anuales, distribuídos así: tres de agricultura, tres de industria y tres de literatura, aplicado cada uno a asunto diferente".

Gredilla, en su biografía de Mutis, dice lo siguiente, donde disimula mal su reproche por la participación que el Director de la Expedición Botánica tomara en la Sociedad Patriótica:

"Y es también cierto que en nuestras colonias fueron estas corporaciones y sus asimiladas, plantel donde germinaron y crecieron las ideas separatistas, y muchos de los que años después llevaron el estandarte de la independencia americana; de donde resulta que sólo por la sugestión que produce todo lo nuevo y la oscuridad en que se veían sus efectos, puede explicarse el que hombre tan patriota de España, como Mutis, las fomentaran con sus influencias y sus prestigios".

El 11 de septiembre de 1808, el mismo día en que pomposamente celebraba Santafé la jura de Fernando VII, siendo las tres de la mañana, falleció Mutis. Murió con la pesadumbre de no haber visto impresa su "Flora", luego de tantos afanes y fatigas. Su último aliento fue recogido con cariñoso respeto por su sobrino Sinforoso Mutis y sus discípulos Caldas y Rizo.

Inhumado en la iglesia del monasterio de Santa Inés, luego de modestos funerales, su tumba permaneció desconocida durante largos años, habiéndose identificado sus restos, gracias a la labor del académico Luis Duque Gómez, a la sazón Secretario de la Academia Colombiana de Historia, y hoy reposan en la Basílica Primada.

Plumas insignes han ensalzado su obra, que no solamente fue científica sino principalmente cultural y patriótica.

La semilla que sembró Mutis fue fructífera. Sus discípulos continuaron su labor científica, pero nuevos vientos soplaban en el ambiente. Las reunio-

nes científicas y patrióticas que él organizó continuaron, pero convertidas en Juntas Políticas revolucionarias. El salón del Observatorio Astronómico, ese edificio creado por Mutis para el estudio de los cielos, y cuyo valor fue cubierto por la mortuoria de éste, sirvió de centro para el nacimiento de la República.

Cierta noche, en que los oidores durmieron tranquilos, compartiendo las opiniones de su colega Hernández de Alba y del Regente Herrera, quien al despedirse para tomar el lecho les dijo: "Yo no veo esos peligros" y Alba añadió "La conmoción popular que se teme está muy lejos", rodeaban a Caldas en el salón del Observatorio Torres, Herrera, Gutiérrez, Camacho, Acebedo, Miguel Pombo y Francisco Morales. "Y bien —dijo Torres— todo está preparado, todo está bueno: pero para asegurar el éxito es necesario que la chispa incendiaria parta del vivac enemigo".

Horas después, antes del medio día siguiente, estalló la chispa. Era el 20 de julio de 1810. La época de la independencia había comenzado. El resultado de la labor de Mutis era una realidad.

Por ello, al conmemorar el segundo centenario de su arribo a la Nueva Granada, que coincide con la conmemoración del sesquicentenario de la independencia, debemos ensalzar a Mutis, no sólo por su labor científica digna de todo encomio, sino también por haber transformado la educación pública, haber introducido nuevas ideas, haber orientado la juventud, haberle enseñado a pensar en la Patria. Su influencia fue definitiva, preparó los hombres que nos condujeron a la Independencia. Mutis fue, en una palabra, el gestor del movimiento emancipador! Llor a su memoria!

ALFREDO D. BATEMAN